

personaje. Sus sarcasmos se resentían de la disposición interior en que la mantenía el profundo desprecio que el ángel de amor, contenido en la cortesana, llevaba á aquel papel infame y odioso representado por el cuerpo en presencia del alma. A la vez espectador y actor, juez y acusado, realizaba la admirable ficción de los cuentos árabes, en los que se encuentra casi siempre un ser sublime oculto bajo una envoltura degradada, y cuyo tipo se halla, con el nombre de Nabucodonosor, en el libro de los libros, la Biblia. Después de haberse concedido la vida hasta el día siguiente al de la infidelidad, la víctima podía divertirse un poco con el verdugo. Por otra parte, las noticias adquiridas por Ester acerca de los medios secretamente vergonzosos á los cuales el barón debía su fortuna colosal, le quitaron todo escrúpulo; se complació en representar el papel de la diosa Até, la Venganza, según la expresión de Carlos. Por eso estaba alternativamente encantadora y detestable, para aquel millonario que no vivía más que para ella. Cuando el barón llegaba á un grado de sufrimiento en el cual deseaba dejar á Ester, ésta le atraía hacia sí con una escena de ternura.

Herrera, que había partido ostensiblemente para España, había ido hasta Tours. Había continuado el camino en su coche hasta Burdeos, dejando dentro de él un criado encargado de representar el papel de amo, y de esperarle en un hotel de Burdeos. Después, vuelto en la diligencia disfrazado de viajante, se había instalado secretamente en casa de Ester, desde donde, por Asia, por Europa y por Paccard, dirigía con cuidado sus maquinaciones, vigilándolo todo, y particularmente á Peyrade.

Quince días antes del día escogido para dar su fiesta, y que debía ser el día siguiente al primer baile de la Opera, la cortesana, á quien sus frases empezaban á hacer temible, se encontraba en los Italianos, en el fondo del palco que el barón, obligado á darle un palco, había obtenido para ella en la platea, á fin de ocultar á su querida y no mostrarse en público con ella á algunos pasos de la señora de Nucingen. Ester había encargado el palco de manera que pudiese contemplar el de la señora de Serizy, á la que Luciano acompañaba casi siempre. La pobre cortesana cifraba su felicidad en ver á Luciano los martes, los jueves y los sábados, al lado de la señora de Serizy. Ester vió entonces,

á eso de las nueve y media, entrar á Luciano, pálido, preocupado y el rostro casi desencajado. Estos signos de desolación interior sólo eran visibles para Ester. El conocimiento del rostro de un hombre, es en la mujer que le ama, como el de la pleamar para un marino.

—¡Dios mío! ¿qué puede tener? ¿qué ha sucedido? ¿Tendrá necesidad de hablar á ese ángel infernal, que es un ángel guardián para él, y que vive oculto en una buhardilla, entre la de Europa y la de Asia?

Preocupada con pensamientos tan crueles, Ester apenas escuchaba la música. Así pues, fácilmente se puede concebir que no escuchara al barón, que tenía entre sus manos una mano de su ángel, hablándole en su jerga de judío polaco, cuyas singulares desinencias no deben causar menos mal á los que las leen que á los que las escuchan.

—*Esteg*—dijo soltándole la mano y rechazándola con un ligero movimiento de mal humor,—no me escucha usted.

—Mire, barón, usted chapurrea el amor como el francés.

—*¡Tagtufo!*

—No estoy aquí como en mi gabinete tocador, estoy en los Italianos. Si usted no fuese una de las cajas construídas por Huret ó por Fichet, que se ha metermofaseado en hombre por un esfuerzo de la naturaleza, no haría tanto ruido en el palco de una joven que ama la música. ¡Ya lo creo que no le escucho! Está usted dando saltos en mi vestido como un saltón en el papel, y me hace usted reír de lástima. Me dice usted: «Es usted muy bonita, adorable...» ¡Viejo estúpido! Si yo le respondiese: «Hoy me desagrada usted menos que ayer, vámonos á casa». Pues bien, por la manera como suspira usted hoy (pues si no le escucho, le siento), veo que ha comido atrocemente, y que su digestión empieza. Aprenda de mí (le cuesta bastante cara para que le dé de cuando en cuando un consejo por su dinero), sepa, querido mío, que cuando se tienen digestiones difíciles como son las suyas, no le está permitido decir indiferentemente, á horas indebidas, á su querida: «Está usted muy bonita». Un viejo soldado murió por esa fatuidad en los brazos de la Religión, ha dicho Blondet... Son las diez, ha acabado usted de cenar á las nueve en casa de Tillet con su pichón el conde de Brambourg; tiene usted millones y trufas que digerir, ¡vuelva mañana á las diez!



—¡Qué cruel es usted!— exclamó el barón, que reconoció la profunda justicia de aquel argumento médico.

—¿Cruel?— dijo Ester mirando siempre á Luciano.— ¡No ha consultado usted á Bianchón, á Desplein, al viejo Audry?... Desde que entrevé usted la aurora de su felicidad, ¿sabe de qué me hace el efecto?

—¿De qué?

—De un hombrequito de franela que, de hora en hora, se pasea de su sofá á la ventana para ver si el termómetro está en el artículo *gusano de seda*, la temperatura que su médico le ordena...

—*Migue*, es usted ingrata— exclamó el barón desesperado de oír una música que los ancianos enamorados oyen con bastante frecuencia en los Italianos.

—¡Ingrata!— dijo Ester.— ¿Y qué me ha dado usted hasta ahora? Muchos disgustos. Vamos á ver, papá, ¿puedo estar orgullosa de usted? En cambio usted está muy orgulloso de mí; yo llevo muy bien sus galones y su librea. ¡Ha pagado usted mis deudas!... bueno. Pero usted ha *escamoteado* bastantes millones... (¡ah! ¡ah! no haga usted muecas, usted lo ha convenido conmigo) para no mirar por ellos. Y ese es su más hermoso título de gloria. Entretenida y ladrón, no armoniza mejor. Ha construido usted una jaula magnífica para un loro que le gusta. Vaya á preguntar á un papagayo del Brasil si debe agradecimiento al que le ha puesto en una jaula dorada... No me mire usted de ese modo, parece usted un bonzo. Enseña usted su papagayo rojo y blanco á todo París, y dice: «¿Hay alguien en París que posea un loro semejante?... ¡Y cómo charla, y qué bien repite las palabras!...» Tillet entra y dice: «Buenos días, granujilla...» Pero usted es feliz como un holandés que posee una tulipa única, como un antiguo nabab, pensionado en Asia por Inglaterra, al que un viajante ha vendido la primera tabaquera suiza que ha sido abierta tres veces. ¿Quiere usted mi corazón? Pues bien, voy á decirle los medios para conquistarlo.

—¡Diga, diga!... lo *hagué* todo *pog* usted... Me gusta *vegme* *gueñido* por usted.

—Sea usted joven, sea usted hermoso, sea como Luciano de Rubempré, que está con la mujer de usted, y obtendrá *gratis* lo que no podrá comprar nunca con todos sus millones.

—¡Me voy, pues está usted execrable esta noche!— dijo el anciano, cuyo rostro se estiró.

—Adiós, buenas noches— respondió Ester.— Recomiende usted á *Jogge* que ponga la almohada de la cama de usted muy alta, y los pies muy inclinados, pues esta noche tiene usted síntomas de apoplejía. Querido mío, no dirá usted que no me intereso por el estado de su salud.

El barón estaba de pie y tenía cogido el pomo de la puerta.

—¡Aquí, Nucingen!...— dijo Ester llamándole con orgulloso ademán.

El barón se precipitó hacia ella, rápido y dócil como un perro.

—¿Quiere usted verme gentil, y que le dé esta noche en mi casa vasos con agua azucarada, acariciándole, monstruo mío?

—Me destroza usted el *cogazón*.

—Eso se dice con una sola palabra:— repuso ella burlándose de la pronunciación del barón.— Vamos, tráigame á Luciano, á quien invito á nuestro festín de Baltasar, y que esté yo segura de que no faltará. Si sale usted airoso en esa pequeña negociación, te diré tan bien que te amo, mi gran Federico, que lo crearás...

—Es usted una maga— dijo el barón besando el guante de Ester.— *Consentigula* en oírg una *seguie* de *injuguías*, si al final hubiese una *caguicia*...

—Vamos, si no soy obedecida...— dijo amenazando al barón con el dedo como se hace á los niños.

El barón levantó la cabeza como pájaro cogido en una trampa y que implora al cazador.

—¡Dios mío! ¿qué tiene Luciano?— se dijo cuando estuvo sola, sin retener ya sus lágrimas, — ¡nunca le he visto tan triste!

He aquí lo que le había sucedido á Luciano aquella misma noche. A las nueve, Luciano había salido en su cupé, como todos los días, para ir al palacio de Grandlieu. Reservando su caballo de silla y el cabriolé para las mañanas, como hacen todos los jóvenes, había tomado un cupé para las noches de invierno, y había escogido en casa del primer alquilador de carruajes uno de los más magníficos con soberbios caballos. Todo le sonreía hacia un mes: había comido tres veces en el palacio de Grandlieu; el duque estaba encantador con él; sus acciones en la empresa de los *Omnibus*, vendidas por trescientos mil francos, le habían permiti-



tido pagar una tercera parte de su tierra; Clotilde de Grandlieu, que se hacía unos tocados deliciosos, tenía diez potes de afeite en la cara cuando él entraba en el salón, y confesaba su pasión, por otra parte, en voz alta. Varias personas que ocupaban una posición elevada hablaban como de una cosa probable del matrimonio de Luciano con la señorita de Grandlieu. El duque de Chaulieu, el antiguo embajador en España y ministro de Estado durante un momento, había prometido á la duquesa de Grandlieu pedir al rey el título de marqués para Luciano. Después de haber comido en casa de la señora de Serizy, Luciano había ido, pues, aquella noche, de la calle de la Chausée-d'Antin al arrabal Saint-Germain, á hacer su visita diaria. Llega, su cochero llama á la puerta, ésta se abre, y Luciano se detiene en la escalinata. Al bajar del coche, Luciano vió cuatro carruajes. Al ver al señor de Rubempré, uno de los lacayos, que abría y cerraba la puerta del peristilo, se adelanta, sale á la escalinata y se pone delante de la puerta, como un soldado que recobra su facción.

—¡Su Señoría no está!—dijo.

—La señora duquesa recibe—hizo observar Luciano al criado.

—La señora duquesa ha salido—respondió gravemente el lacayo.

—La señorita Clotilde...

—No creo que la señorita reciba al señor en ausencia de la señora duquesa.

—Pero hay gente—repuso Luciano anonadado.

—No lo sé—respondió el lacayo intentando ser á la vez estúpido y respetuoso.

No hay nada más terrible que la etiqueta para los que la admiten como la ley más formidable de la sociedad. Luciano adivinó fácilmente el sentido de aquella escena atroz para él: el duque y la duquesa no querían recibirle. Sintió su tuétano espinal helarse en los anillos de su columna vertebral, y un ligero sudor frío hizo salir algunas perlas de su frente. Aquel coloquio tenía lugar delante de su ayuda de cámara, que había cogido el pomo de la portezuela y que dudaba cerrarla; Luciano le hizo seña de que iba á marcharse; pero, al subir, oyó el ruido que hacen las personas al bajar una escalera, y un criado fué á gritar sucesivamente: «Los criados del señor duque de Chaulieu! ¡Los

criados de la señora vizcondesa de Grandlieu!» Luciano sólo dijo una palabra á su criado: «¡A prisa á los Italianos!» A pesar de su presteza, el infortunado *dandy* no pudo evitar al duque de Chaulieu y á su hijo el duque de Rhetoré, con los cuales se vió obligado á cambiar saludos, y que no le dijeron ni una palabra. Una gran catástrofe en la corte, la caída de un favorito temible es consumada con mucha frecuencia en el umbral de un gabinete por la palabra de un lacayo de rostro de yeso.

—¿Cómo hacer conocer este desastre á mi consejero?—se decía Luciano.—¿Qué sucede?

Y se perdía en mil conjeturas.

He aquí lo que acababa de suceder. La misma mañana, á las once, el duque de Grandlieu dijo á Clotilde, entrando en el saloncito donde almorzaban en familia, y después de haberla abrazado:

—Hija mía, hasta nueva orden, no te ocupes más del señor de Rubempré.

Después cogió á la duquesa por la mano y la condujo al alféizar de una ventana, donde le dijo en voz baja unas palabras que hicieron cambiar de color á Clotilde, pues su madre, á la que observaba escuchando al duque, dejó asomar á su cara una viva sorpresa.

—Juan—dijo el duque á uno de sus criados,—tenga, lleve estas cuatro líneas al señor duque de Chaulieu y ruéguele que le conteste con un sí ó con un no. Le invito á que venga á comer hoy con nosotros — le dijo á su mujer.

El almuerzo fué muy triste: la duquesa pareció pensativa, el duque pareció enfadado consigo mismo, y á Clotilde le costó mucho retener las lágrimas.

—Hija mía, tu padre tiene razón, obedécele—le dijo con voz conmovida.—Yo no puedo decirte como él: «No pienses más en Luciano». No, comprendo tu dolor.—Clotilde besó la mano á su madre.—Pero si te diré, ángel mío: «Espera, sin dar ningún paso, sufre en silencio, puesto que le amas, y confía en el cariño de tus padres». Las grandes damas, hija mía, son grandes porque saben siempre cumplir con su deber en todas las ocasiones y con nobleza.

—¿De qué se trata?...—preguntó Clotilde pálida como un lirio.

—De cosas demasiado graves para que puedan hablarte



de ellas, corazón mío—respondió la duquesa;—pues si son falsas, tu pensamiento sería manchado inútilmente, y si son verdad, debes ignorarlas.

A las seis, el duque de Chaulieu fué á encontrar en su despacho al duque de Grandlieu, que le esperaba.

—Di, pues, Enrique... (Estos dos duques se tuteaban y se llamaban por sus nombres. Es uno de los matices inventados para señalar los grados de intimidad, rechazar las invasiones de la familiaridad francesa y humillar el amor propio.) Dime, pues; Enrique, me encuentro en un apuro tan grande, que no puedo tomar consejo más que de un viejo amigo que conoce bien los asuntos, y tú los conoces todos. Como ya sabes, mi hija Clotilde ama de tal modo á ese pequeño Rubempré, que casi me han obligado á prometérselo por marido. Yo siempre he sido contrario á ese matrimonio; pero, en fin, la señora de Grandlieu no ha sabido defenderse del amor de Clotilde. Cuando ese muchacho compró su tierra y pagó las dos terceras partes, ya no puse objeciones. Pero he aquí que ayer por la noche recibí una carta anónima (ya sabes el caso que hace uno de ellas), en la que me afirman que la fortuna de ese muchacho proviene de una fuente impura, y que nos engaña al decirnos que su hermana le da los fondos necesarios para esas adquisiciones. Me intiman, en nombre de la felicidad de mi hija y de la consideración de nuestra familia, á que tome informes, indicándome al mismo tiempo los medios para averiguar la verdad. Toma, lee primero.

—Participo de tu opinión acerca de las cartas anónimas, mi querido Fernando—dijo el duque de Chaulieu después de haber leído la carta;—pero despreciándolas y todo, debe uno servirse de ellas. Sucede con esas cartas lo mismo que con los espías. Cierra tu puerta á ese muchacho, y veamos de informarnos... Mira, ya tengo tu asunto arreglado. Tú tienes por procurador á Derville, un hombre en quien todos confiamos; posee secretos de muchas familias, y puede también conocer éste. Es un hombre honrado, de peso, de honor; es listo, astuto; pero como sólo es listo para los negocios, no debes emplearlo más que para obtener un testimonio en el que tú puedas tener fe. Nosotros tenemos en el Ministerio de Estado, por la policía del reino, un hombre único para descubrir los secretos de Estado; le enviamos con frecuencia en comisión. Avisa á Derville que tendrá un

teniente para este asunto. Nuestro espía en un señor que se presentará condecorado con la cruz de la Legión de honor, tendrá el aspecto de un diplomático. Ese pillo será el cazador, y Derville asistirá simplemente á la caza. Tu procurador te dirá si es más el ruido que las nueces, ó si debes romper con ese pequeño Rubempré. Dentro de ocho días sabrás á qué atenerte.

—Ese joven no es aun bastante marqués para formalizarse por no encontrarme en mi casa durante ocho días—dijo el duque de Grandlieu.

—Sobre todo si le das tu hija—dijo el antiguo ministro.—Si la carta anónima tiene razón, ¿qué te importa esto? Harás viajar á Clotilde con mi nuera Magdalena, que quiere ir á Italia.

—¡Me sacas del apuro!—exclamó el duque de Grandlieu—no sé aun si darte las gracias.

—Esperemos el acontecimiento.

—¡Ah!—dijo el duque de Grandlieu—¿cómo se llama ese señor? es preciso decirselo á Derville... Envíamelo mañana, á eso de las cuatro; estará conmigo Derville y los pondré en relación...

—El nombre verdadero—dijo el antiguo ministro—creo que es Corentín... (un nombre que no debes haber oído); pero ese señor vendrá escudado en su nombre ministerial. Se hace llamar San no sé cuántos... ¡Ah! ¡Saint-Yves! ó Saint-Valero, uno de estos dos...

Después de esta conferencia, el mayordomo recibió la orden de cerrar la puerta al señor de Rubempré, lo cual acababa de hacer.

Luciano se paseaba por el ambigü de los Italianos como un borracho. Se veía siendo la comidilla de todo París. Tenía en el duque de Rhetoré uno de esos enemigos encarnizados y á los cuales es preciso sonreír sin poder vengarse, pues sus ataques están conformes con las leyes del mundo. El duque de Rhetoré conocía la escena que acababa de tener lugar en la escalinata del palacio de Grandlieu. Luciano, que comprendía la necesidad de instruir de aquel desastre súbito á su consejero privado íntimo actual, temía comprometerse yendo á casa de Ester, donde tal vez encontraría gente. Olvidaba que Ester estaba allí, tan confusas eran sus ideas; y en medio de tantas perplejidades, necesitó hablar con Rastignac, el cual, no sabiendo aún la nueva, le



felicitaba por su próximo enlace. En aquel momento, Nucingen se presentó sonriente á Luciano, y le dijo:

—¿*Quiegue usted hacegme el favog de venig á veg á la señoga de Champy, que quiegue invitagle pegsonalmente á la comida de inaugugación de nuestra casa?*

—Con mucho gusto, barón—respondió Luciano, á quien el financiero se le apareció como un ángel salvador.

—Déjenos usted—dijo Ester al señor de Nucingen cuando le vió entrar con Luciano;—vaya á ver á la señora de Val-Noble, á la que veo en un palco del tercer piso con un nabab... Salen muchos nababs de las Indias—añadió mirando á Luciano con aire de inteligencia.

—Y ese—dijo Luciano sonriendo—se parece mucho al de usted.

—Y—dijo Ester respondiendo á Luciano con otra señal de inteligencia, al mismo tiempo que continuaba hablándole al barón,—tráigamela con el nabab, que tiene muchas ganas de conocerle á usted; dicen que es poderosamente rico... La pobre mujer me ha contado yo no sé cuántas lástimas; se queja de que ese nabab no le resulta; y si la desembarazase usted de su *lastre*, tal vez iría más ágil.

—¿Nos toma usted *pog* ladrones?—dijo el barón.

—¿Qué tienes, Luciano mío?—le dijo al oído rozándosele con los labios, cuando la puerta del palco estuvo cerrada.

—¡Estoy perdido! Acaban de negarme la entrada en el palacio de Grandlieu, con el pretexto de que no había nadie; el duque y la duquesa estaban dentro, y había cinco carruajes en el patio...

—¿Cómo! ¿se deshará el matrimonio?—dijo Ester con voz conmovida, pues entreveía el paraíso.

—Aun no sé lo que se trata contra mí.

—Luciano mío—le contestó ella con voz adorablemente mimosa—¿por qué te apenas? más tarde harás un matrimonio mucho mejor... Te ganaré dos tierras...

—Da una cena esta noche, á fin de que pueda hablar secretamente con Carlos, y sobre todo invita al falso inglés y á la Val-Noble. Ese nabab ha causado mi ruina, es nuestro enemigo, le tendremos en nuestro poder, y...

Pero Luciano se detuvo haciendo un gesto desesperado.

—¿Qué tienes?—le preguntó la pobre joven, que se sentía como sobre ascuas.

—¡Oh! ¡la señora de Serizy me ve!—exclamó Luciano—

y para colmo de desdichas, está con ella el duque de Rhetoré, uno de los testigos de mi chasco.

En efecto, en aquel preciso momento, el duque de Rhetoré se divertía con el dolor de la condesa.

—¿Deja usted á Luciano mostrarse en el palco de la señorita Ester?—decía el joven duque señalándole el palco y á Luciano.—Usted que se interesa por él, debería decirle que eso no se hace. Puede uno cenar con ella y hasta... pero, verdaderamente, ya no me asombra el enfriamiento de los Grandlieu con ese muchacho; acabo de ver cómo le negaban la entrada en la puerta...

—Esas jóvenes son muy peligrosas—dijo la señora de Serizy, que tenía los gemelos fijos en el palco de Ester.

—Sí—dijo el duque,—tanto por lo que quieren como por lo que pueden...

—¡Le arruinarán!—dijo la señora de Serizy—pues, según me han dicho, son tan costosas cuando no les pagan como cuando les pagan.

—¡Para él no!—respondió el joven duque haciéndose el asombrado.—Lejos de costarle dinero, se lo darían si lo necesitara; todas van detrás de él.

La condesa tuvo en los labios un pequeño movimiento nervioso que no podía ser comprendido en la categoría de sus sonrisas.

—Bueno—dijo Ester,—ven á cenar á las doce. Trae á Blondet y á Rastiñac. Tengamos al menos dos personas divertidas, y no seamos más de nueve.

—Sería preciso encontrar un medio de enviar á buscar á Europa por el barón, so pretexto de avisar á Asia, y le dirías lo que acaba de sucederme, á fin de que Carlos esté instruído antes de tener al nabab en sus barbas.

—Se hará—dijo Ester.

De este modo Peyrade iba á encontrarse probablemente, sin saberlo, debajo del mismo techo que su adversario. El tigre iba al antro del león, y de un león acompañado de sus guardias.

Cuando Luciano entró en el palco de la señora de Serizy, ésta, en lugar de volver la cabeza hacia él, de sonreírle y de recogerse el vestido para hacerle sitio á su lado, afectó no fijarse en el que entraba y continuó mirando la sala con los gemelos; pero Luciano vió por el temblor de los gemelos que la condesa era presa de una de esas agitaciones



formidables con que se explían las felicidades ilícitas. Luciano tampoco fué á sentarse á su lado y se puso en el lado opuesto, dejando entre la condesa y él un espacio vacío; se apoyó en la barandilla del palco, colocando en ella su codo derecho y la barba en su mano enguantada; después se puso de lado, esperando una palabra. A la mitad del acto, la condesa no le había dicho aun nada ni le había mirado.

—No sé—le dijo—por qué está usted aquí; su sitio está en el palco de la señorita Ester.

—Me voy allá—dijo Luciano, que salió sin mirar á la condesa.

—¡Ah! querida—dijo la Val-Noble entrando en el palco de Ester acompañada de Peyrade, á quien el barón de Nucingen no reconoció,—tengo el gusto de presentarte al señor Samuel Johnson; es un admirador del talento del señor de Nucingen.

—¿De veras, señor?—dijo Ester á Peyrade sonriéndole.

—¡Oh! *yes, mocho*—dijo Peyrade.

—Mire, barón, ese es un francés que se parece al de usted como el bajo bretón se parece al borgoñés. Me divertirá mucho oírles hablar de negocios... ¿Sabe usted lo que le exijo, señor Nabab, para poder trabar conocimiento con mi barón?—le dijo sonriéndole.

—¡Oh! doy las gracias, usted presentarme al señor barón.

—Sí—repuso ella.—Es preciso que me haga el favor de cenar en mi casa. No hay cola más fuerte que la cera del vino de Champaña, para ligar á los hombres; sella todos los negocios, y sobre todo aquellos en los que uno se hunde. Venga usted esta noche, encontrará muy buenos muchachos. Y respecto á ti, mi querido Federico—le dijo al barón al oído,—tiene usted abajo su coche, corra á la calle Saint Georges, y tráigame á Europa, tengo que decirle dos palabras para la cena... He retenido á Luciano, nos llevará dos personas divertidas. Pondremos en evidencia al inglés—le dijo al oído á la señora de Val-Noble.

Peyrade y el barón dejaron solas á las dos mujeres.

—¡Ah! querida mía, si consigues poner en evidencia á ese gran infame, serás muy lista—dijo la Val-Noble.

—Si no fuera imposible, me lo prestarías por ocho días—respondió Ester riendo.

—No, no lo tendrías á tu lado ni medio día—replicó la señora de Val-Noble;—como un pan demasiado duro y mis

dientes se rompen con él. Yo no quiero, en lo que me queda de vida, encargarme de hacer la felicidad de ningún inglés. Todos son unos egoístas fríos, unos cerdos vestidos...

—¡Cómo! ¿no tiene miramientos?—dijo Ester sonriendo.

—Al contrario, querida mía, ese monstruo aun no me ha dicho *tu*.

—¿En ninguna situación?—dijo Ester.

—El miserable me llama siempre señora y guarda la mayor sangre fría del mundo en el momento en que todos los hombres son más ó menos gentiles. Mira, el amor es para él lo mismo que el afeitarse. Limpia las navajas, las coloca en el estuche, se mira en el espejo, y parece decirse: «No me he cortado». Después me trata con un respeto capaz de volverme loca. Ese infame milord no se divierte más que en hacer esconderse á ese pobre Teodoro, y en dejarle de pie en mi gabinete durante medio día. En fin, estudia contrariarme en todo. Y es avaro... como Gobseck y Gibonnet juntos. Me lleva á comer, y no paga el coche que me conduce á casa, si por casualidad no he pedido el mío.

—Bueno—dijo Ester,—¿y qué te da por ese servicio?

—Absolutamente nada, querida mía. Quinientos francos pelados al mes, y me paga la cochera. Pero, querida mía, eso ¿qué es?... un coche como los que alquilan á los horteras el día de su matrimonio para ir á la alcaldía, á la iglesia y al Cadran-Bleu... Me pone furiosa con su respeto. Si intento tener malos los nervios y estar indispuesta, no se enfada, y me dice: «Yo querer que miladi hacer todo lo que querer, porque nada ser más detestable—no gentlemen—como decir á una mujercita: Usted ser una bala de algodón, una mercancía!... ¡Eh! jeh! está usted con un miembro de la sociedad de templanza, and anti-slavery.» Y mi hombre permanece pálido, seco, frío, haciéndome comprender de ese modo que siente el mismo respeto por mí como el que sentiría por un negro, y que eso no le importa á su corazón, sino á sus opiniones de abolicionista.

—Es imposible ser más infame—dijo Ester;—pero ¿le arruinarás á ese chino?

—¿Arruinarle?—dijo la señora de Val-Noble—¿sería preciso que me amara! Pero tú misma no le pedirías dos céntimos. Te escucharía gravemente, y te diría, con esas formas británicas que hacen encontrar los *zarpas* amables, que te



paga bastante cara «por lo poco que es el amor en tu pobre existencia».

—¡Y decir que en nuestro estado se encuentran hombres como ese!—exclamó Ester.

—¡Ah! querida, tú has tenido suerte... cuida bien á tu Nucingen.

—¿Pero lleva alguna idea tu nabab?

—Eso es lo que me ha dicho Adela—respondió la señora de Val-Noble.

—Mira, ese hombre habrá tomado el partido de hacerse odiar de una mujer, y hacer que le despidan en tanto tiempo—dijo Ester.

—O bien quiere hacer algún negocio con Nucingen, y me habrá tomado al saber que somos amigas; es lo que cree Adela—respondió la señora de Val-Noble.—Por eso te lo presento esta noche. ¡Ah! si estuviese segura de sus proyectos, con qué gusto me entendería contigo y con Nucingen.

—No te enfades—le dijo Ester;—acárciale de cuando en cuando.

—Si tú lo intentases, y eso que eres muy lista... mira, á pesar de tu hermosura, te mataría con sus sonrisas heladas, y te contestaría: «Yo ser anti-slavery, y usted ser libre...» Le dirías las cosas más extravagantes, y te miraría diciéndote: «Very good!» y te apercibirías de que no eres á sus ojos más que un polichinela.

—¿Y la ira?

—Lo mismo. Eso sería una diversión para él. Pueden operarle á la izquierda, en el pecho, que no le harán el menor daño; sus vísceras deben ser de acero. Se lo he dicho, y me ha contestado: «Yo estar muy contento de esta disposición física...» Y siempre cortés. Querida mía, tiene el alma enguantada... Sufriré aun por unos días este martirio para satisfacer mi curiosidad. A no ser por eso, ya le hubiera dicho que le abofetease á Felipe, que no tiene igual á espada: sólo eso...

—¡Iba á decirte!—exclamó Ester—pero antes deberías averiguar si sabe boxear, pues esos viejos ingleses, querida mía, tienen un fondo de malicia.

—¡Ese no tiene rival! No; si le vieses pidiéndome órdenes, á qué hora puede presentarse, para venir á sorprenderme (¡bien entendido!) y desplegando las fórmulas del respeto de los *gentlemen*, dirías: «He ahí una mujer ado-

rada». Y no hay ninguna mujer que pudiese decir otro tanto...

—¡Y nos envidian, querida mía!—dijo Ester.

—¡Ah! bueno—exclamó la Val-Noble.—Todas hemos probado más ó menos, en nuestra vida, el poco caso que hacen de nosotras; pero, querida mía, nunca he sido tan cruel, tan profunda y tan completamente despreciada por la brutalidad como lo soy por ese gran pellejo lleno de Oporto. Cuando está borracho, se va «para no ser desagradable», le dice á Adela, y para no estar entre dos «poderes»: la mujer y el vino. Abusa de mi coche, se sirve de él más que yo. ¡Oh! si pudiésemos hacerle rodar esta noche debajo de la mesa... pero se bebe diez botellas y no se emborracha: tiene el ojo turbio y ve claro.

—Es como esas personas cuyas ventanas están sucias exteriormente—dijo Ester,—y que desde dentro ven lo que sucede fuera... Conozco esa propiedad del hombre: Tillet tiene esa cualidad en grado superlativo.

—Procura que venga Tillet; y entre él y Nucingen, si pudiesen cogerle en alguna de sus combinaciones, al menos me vería vengada... ¡le reducirían á la miseria! ¡Ah! querida mía, ¡caer en manos de un hipócrita protestante, después de ese pobre Falleix, que era tan gracioso, tan buen muchacho, tan alegre!... ¡Cuánto nos hemos reído!... Dicen que todos los agentes de cambio son estúpidos... Pues bien, á ese sólo le faltó ingenio una vez...

—Cuando te dejó sin un céntimo; esto es lo que te ha hecho conocer los disgustos del placer.

Europa, conducida por el barón, sacó su viperina cabeza por la puerta, y después de haber oído algunas frases que le dijo su señora al oído, desapareció.

A las once y media de la noche, cinco carruajes estaban detenidos en la calle Saint-Georges á la puerta de la ilustre cortesana: el de Luciano, que fué con Rastignac, Blondet y Bixiou; el de Tillet, el de Nucingen, el del nabab y el de Florina. El triple cercado de las ventanas estaba disimulado con los pliegues de las magníficas cortinas de la China. La cena debía ser servida á la una, las bujías ardían y el saloncito y el comedor desplegaban sus suntuosidades. Se prometieron una de esas noches de libertinaje que sólo podían resistir aquellas tres mujeres y aquellos hombres. Primero se jugó, pues era preciso esperar hasta las dos.



—¿Juega usted, milord?—dijo Tillet á Peyrade.

—Yo jugar con O'Connell, Pitt, Fox, Canning, lord Brougham, lord...

—Diga una infinidad de lores—le dijo Bixiou.

—Lord Fitz-William, lord Ellenborough, lord Hertford, lord...

Bixiou miró los zapatos de Peyrade y se agachó.

—¿Qué buscas?—le dijo Blondet.

—¡Pardiez! el resorte que es preciso tocar para detener la máquina—dijo Florina.

—¿Juega usted á veinte francos la ficha?—dijo Luciano.

—Yo jugar todo lo que ustedes perder...

—¿Qué listo es!—dijo Ester á Luciano—todos le toman por inglés.

Tillet, Nucingen, Peyrade y Rastignac se sentaron ante una mesa de whist. Florina, la señora de Val-Noble, Ester, Blondet y Bixiou se quedaron en torno del fuego hablando. Luciano pasó el tiempo hojeando un magnífico libro de grabados.

—La señora está servida—dijo Paccard vestido con una magnífica librea.

Peyrade fué colocado á la izquierda de Florina, y flanqueado por Bixiou, á quien Ester había recomendado que hiciese beber mucho al nabab desafiándole. Bixiou poseía la propiedad de beber indefinidamente. Nunca, en su vida, había visto Peyrade semejante esplendor, ni probado semejante cocina, ni visto mujeres tan bonitas.

—Sólo esta noche vale los mil escudos que me cuesta la Val-Noble—pensó,—y además, acabo de ganarles mil francos.

—Ahí tiene un ejemplo que imitar—le gritó la señora de Val-Noble, que se encontraba al lado de Luciano, y que mostró, con un gesto, las magnificencias del comedor.

Ester había colocado á Luciano á su lado y tenía un pie de él entre los suyos, debajo de la mesa.

—¿Oye usted?—le dijo la Val-Noble mirando á Peyrade, que se hacía el tonto—¡así debía usted arreglarme mi casa! Cuando se viene de las Indias con millones y se quiere tener negocios con los Nucingen, hay que ponerse al nivel de ellos.

—Yo ser de la sociedad de templanza.

—Entonces va usted á beber mucho—dijo Bixiou,—pues las Indias son muy cálidas, tío mío.

La broma de Bixiou durante la cena fué tratar á Peyrade como á un tío suyo venido de las Indias.

—La *señora* de Val-Noble me ha dicho que tenía usted intenciones...—preguntó Nucingen examinando á Peyrade.

—Eso es lo que quería oír—dijo Tillet á Rastignac,—las dos jergas juntas.

—Ya verá usted cómo acabarán por entenderse—dijo Bixiou, que adivinó lo que Tillet acababa de decir á Rastignac.

—Señor barón, yo concebir una gran especulación, ¡oh! muy segura... muy aprovechable, y rica en beneficios...

—Ya verá usted—dijo Blondet á Tillet—cómo no hablará un minuto sin llegar al parlamento y al gobierno inglés.

—Yo referir á China... el opio...

—Sí, conozco eso—dijo al instante Nucingen, como hombre que poseía su globo comercial;—*pego* el *gobiegno* inglés ha encontrado un medio de acción del opio *paga abrig* la China, y no nos *pegmitigula*...

—Nucingen se le ha adelantado acerca del gobierno—dijo Tillet á Blondet.

—¡Ah! ¡ha hecho usted el comercio del opio?—exclamó la señora de Val-Noble—ahora comprendo por qué es usted tan parado, le ha quedado algo en el corazón...

—*Migue*—dijo el barón al susodicho negociante de opio, señalándole á la señora de Val-Noble,—á usted le sucede como á mí: los *millonaguos* no pueden *hacegse amag* nunca de las *mujegues*.

—Yo amar mocho y frecuente á señoras—respondió Peyrade.

—Siempre á causa de la templanza—dijo Bixiou, que acababa de servir á Peyrade la tercera botella de vino de Burdeos, y que le hizo empezar una botella de vino de Oporto.

—¡Oh!—exclamó Peyrade—y el vino de Portugal y el de Inglaterra.

Blondet, Tillet y Bixiou cambiaron una sonrisa; Peyrade tenía el poder de disfrazarlo todo en él, hasta el ingenio. Hay pocos ingleses que no sostengan que el oro y la plata son mejores en Inglaterra que en cualquiera otra parte. Las gallinas y los huevos que salen de Normandía para el mercado de Londres autorizan á los ingleses para sostener que



las gallinas y los huevos de Londres son superiores (*very fines*) á los de París que llegan de los mismos países. Ester y Luciano quedaron estupefactos ante aquella perfección de costumbres, de lengua y de audacia. Se bebía, se comía tanto y tan bien al mismo tiempo que hablaban y reían, que la comida duró hasta las cuatro de la mañana. Bixiou creyó haber conseguido una de esas victorias tan graciosamente contados por Brillat-Savarin; pero en el momento en que se decía, ofreciendo de beber á su tío: «He vencido á Inglaterra», Peyrade respondió á aquel atroz burlón con un «¡Siempre, muchacho!» que sólo fué oído por Bixiou.

—¡Eh! ¡es inglés como yo! ¡Mi tío es un gascón! ¡no podía tener otro contrincante!

Bixiou se encontraba solo con Peyrade, así es que nadie oyó aquella revelación. Peyrade cayó de su silla al suelo. Acto continuo Paccard se apoderó de Peyrade y lo subió á una buhardilla, donde se durmió con profundo sueño. A las seis, el nabab se sintió despertado por la aplicación de un paño mojado sobre la cara, y se encontró en un mal catre de tijera, frente á frente de Asia, disfrazada con un dominó negro.

—¡Hola! papá Peyrade, contemos dos—le dijo.

—¿Dónde estoy?—dijo Peyrade, mirando en torno suyo.

—Escúcheme, esto le despejará—respondió Asia.—Si no ama usted á la señora de Val-Noble, ama usted á su hija, ¿verdad?

—¿Mi hija?—exclamó Peyrade enrojándose.

—¡Sí! la señorita Lidia...

—¿Y qué?

—Que ya no está en la calle de los Moineaux; la han robado.

Peyrade soltó un suspiro, semejante al de los soldados que mueren de una herida en el campo de batalla.

—Mientras usted se fingía inglés, otro se fingía Peyrade. Su pequeña Lidia ha creído seguir á su padre; está en sitio seguro... ¡oh! ¡no la encontrará usted nunca! á menos que repare usted el mal que ha hecho.

—¿Qué mal?

—Ayer negaron la entrada en casa del duque de Grandlieu al señor Luciano de Rubempré. Ese resultado es debido á tus intrigas y al hombre que nos has puesto detrás de nosotros. Ni una palabra. Escucha—dijo Asia al ver que

Peyrade abría la boca.—No tendrás á tu hija, pura y sin mancha, hasta el día en que el señor Luciano de Rubempré salga de Santo Tomás de Aquino casado con la señorita Clotilde. Si dentro de diez días Luciano de Rubempré no es recibido, como antes, en casa de los señores de Grandlieu, primero morirás tú de muerte violenta, sin que nada pueda librarte del golpe que te amenaza... Después, cuando estés herido, te dejarán tiempo, antes de morir, para que digas: «¡Mi hija es una prostituta para el resto de sus días!...» Aunque has sido bastante estúpido para dejar esa presa en nuestras manos, te queda aún la inteligencia suficiente para meditar sobre esta comunicación de nuestro gobierno. No grites, no digas una palabra, vete á cambiar de vestido á casa de Contensón, vuelve á tu casa, y Katt te dirá que, á una palabra tuya, Lidia ha bajado y no ha vuelto á subir. Si te quejas, si das un paso, empezarán por donde te he dicho y acabarán por tu hija. Con el padre Canquélle no es preciso hacer frases ni tomar precauciones... ¿verdad?... Baja, y piensa en no mezclarte más en nuestros asuntos.

Asia dejó á Peyrade en un estado que causaba lástima; cada palabra fué un golpe de maza. El espía tenía dos lágrimas en los ojos y otras dos al final de sus mejillas, reunidas por dos regueros húmedos.

—Esperan al señor Johnson para comer—dijo Europa sacando la cabeza un momento después.

Peyrade no contestó; bajó, vagó por las calles hasta llegar á una parada de coches, y corrió á desnudarse á casa de Contensón, á quien no dijo ni una palabra; se vistió como acostumbraba, y á las ocho estuvo en su casa. Subió las escaleras con el corazón palpitante. Cuando la flamenca oyó á su amo, le dijo tan ingenuamente: «¿Y la señorita? ¿dónde está?» que el viejo espía se vió obligado á apoyarse. El golpe excedió á sus fuerzas. Entró en la habitación de su hija y acabó por desmayarse allí de dolor al no encontrarla y al escuchar el relato de Katt, que le contó las circunstancias de un rapto tan hábilmente combinado como si lo hubiese inventado él mismo.

—Vamos—se dijo,—es preciso ceder, me vengaré más tarde, vamos á casa de Corentín. Esta es la primera vez que encontramos adversarios. Corentín dejará á ese hermoso muchacho dueño de casarse con una emperatriz, si quiere... ¡Ah! comprendo que mi hija le haya amado al verle por pri-



mera vez.. ¡Oh! el sacerdote español es entendido... ¡Valor, papá Peyrade, degüella á tu fiera!

El pobre padre no sospechaba el horrible golpe que le esperaba.

Llegado á casa de Corentín, Bruno, el criado de confianza que conocía Peyrade, le dijo:

—El señor ha partido.

—¿Por mucho tiempo?

—Por diez días.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡me vuelvo estúpido! ¿pregunto adónde? como si nosotros lo dijésemos—pensó.

Dos horas antes del momento en que Peyrade era despertado en su buhardilla de la calle Saint Georges, Corentín, llegado de su campaña de Passy, se presentaba en casa del duque de Grandlieu, con el vestido de lacayo de buena casa. En un ojal de su levita negra se veía la cinta de la Legión de honor. Se había hecho una carita de anciano de cabellos empolvados, muy arrugada, lívida. Sus ojos estaban velados por unas gafas de concha. En fin, tenía el aspecto de un antiguo jefe de negociado. Cuando hubo dicho su nombre (el señor de Saint-Denis), fué conducido al despacho del duque de Grandlieu, donde encontró á Derville, leyendo la carta que había dictado él mismo á uno de sus agentes, el encargado de escribir. El duque llevó aparte á Corentín para explicarle todo lo que sabía Corentín. El señor de Saint-Denis escuchó fría y respetuosamente, divirtiéndose en estudiar á aquel gran señor, en penetrar hasta su tuétano, en sacar á luz aquella vida, entonces y para siempre ocupada del whist, y de la consideración de la casa de Grandlieu. Los grandes señores son tan cándidos con sus inferiores, que Corentín no tuvo que dirigir humildemente muchas preguntas al señor de Grandlieu para hacer brotar impertinencias.

—Si me quiere usted creer, señor—dijo Corentín á Derville, después de haber sido convenientemente presentado al procurador,—partiremos esta misma noche en la diligencia de Burdeos, que va tan á prisa como la posta, y no tendremos que permanecer más de seis horas para obtener los informes que quiere el señor duque. ¿No basta, si he comprendido bien á Vuestra Señoría, con saber si la hermana y el

cuñado del señor de Rubempré han podido prestarle un millón doscientos mil francos?...—dijo mirando al duque.

—Perfectamente comprendido—respondió el par de Francia.

—Podremos estar de vuelta dentro de cuatro días—repuso Corentín mirando á Derville,—y de este modo, no tendremos que dejar nuestros negocios por un lapso de tiempo que podría perjudicarlos.

—Es la única objeción que quería hacer á Su Señoría—dijo Derville.—Son las cuatro, voy á decir dos palabras á mi primer pasante y á hacer la maleta, y, después de haber comido, estaré á las ocho... ¿Pero tendremos sitio?—le dijo al señor de Saint-Denis interrumpiéndose.

—Respondo de ello—dijo Corentín;—esté usted á las ocho en el patio de las Mensajerías del Grand-Bureau. Si no hay sitio, haré que lo hagan, pues así es como se ha de servir al señor duque de Grandlieu.

—Señores—dijo el duque con gracia infinita,—aun no les doy las gracias...

Corentín y el procurador, que tomaron aquellas palabras por una frase de despido, saludaron y salieron. En el momento en que Peyrade interrogaba al criado de Corentín, el señor de Saint-Denis y Derville, colocados en el imperial de la diligencia de Burdeos, se observaban en silencio á la salida de París. Al día siguiente por la mañana, de Orleans á Tours, Derville, aburrido, se volvió hablador, y Corentín se dignó divertirse, guardando las distancias; le hizo creer que pertenecía á la diplomacia, y que esperaba ser cónsul con la protección del duque. Dos días después de su salida de París, Corentín y Derville se detenían en Mansle, con gran asombro del procurador, que creía que iban á Angulema.

—En ese pueblecito tendremos informes seguros de la señora Sechard—dijo Corentín á Derville.

—¿La conoce usted, pues?—preguntó Derville, sorprendido de encontrar á Corentín tan bien instruido.

—Le he hecho hablar al conductor al apercibirme de que era de Angulema; me ha dicho que la señora Sechard vive en Marsac, y que este pueblo sólo está á una legua de Mansle. He pensado que estaríamos mejor instalados aquí que en Angulema para saber la verdad.

—Después de todo—pensó Derville,—yo sólo soy como León



ha dicho el señor duque, el testigo de las averiguaciones que haga este hombre de confianza.

La posada de Mansle, llamada la *Bella Estrella*, tenía por dueño uno de esos hombres altos y gordos, que uno tiene miedo de encontrar á la vuelta, y que están aún, diez años después, en el umbral de su puerta, con la misma cantidad de carne, el mismo gorro de algodón, el mismo delantal, el mismo cuchillo, los mismos cabellos espesos, la misma sota-barba, y que parecen estereotipados en todos los novelistas, desde el inmortal Cervantes hasta el inmortal Walter Scott. ¿No están todos llenos de pretensiones culinarias, no tienen de todo que servirlos, y no acaban todos por daros un pollo tísico y legumbres aderezadas con manteca rancia? Todos os alaban sus vinos finos, y os obligan á consumir el vino del país. Pero, desde su juventud, Corentín había aprendido á sacar á un posadero cosas más esenciales que platos dudosos y vinos apócrifos. Por eso se hizo pasar por un hombre fácil de contentar, y que se entregaba absolutamente á la discreción del mejor cocinero del Mansle, le dijo á aquel hombre.

—No tengo que tomarme la molestia de ser el mejor; soy el único—respondió el posadero.

—Sirvanos en la habitación de al lado—dijo Corentín, guiñando un ojo á Derville, —y sobre todo no tema poner leña en la chimenea, se trata de desembarazarnos de la *helada*.

—No hacía calor en el imperial—dijo Derville.

—¿Hay mucho de aquí á Marsac?—le preguntó Corentín á la posadera, que bajó de las regiones superiores al saber que la diligencia había desembarcado en su casa viajeros para dormir.

—Señor, ¿va usted á Marsac?—le preguntó la posadera.

—No lo sé—le respondió secamente.—¿Es considerable la distancia de aquí á Marsac?—volvió á preguntarle Corentín después de haber dejado tiempo á la posadera de que viera su cinta roja.

—En cabriolé es asunto de media hora escasa—dijo la posadera.

—¿Cree usted que el señor y la señora Sechard estén en él por el invierno?

—Sin duda, pasan en él todo el año.

—Son las cinco; ¿les encontraremos levantados á las nueve?

—¡Oh! hasta las diez tienen gente todas las noches, el cura, el señor Marrón, el médico.

—¿Son buena gente?—dijo Derville.

—¡Oh! señor, la crema—respondió la posadera,—gentes rectas, honradas y nada ambiciosas, ¡vaya! El señor Sechard, aunque está en posición desahogada, hubiera tenido millones, según dice, si no se hubiera dejado despojar de un invento que ha encontrado en la papelería, y del que se aprovechan los hermanos Cointet.

—¡Ah! sí, ¡los hermanos Cointet!—dijo Corentín.

—¿Quieres callarte?—dijo el posadero.—¿Qué les importa á estos señores que el señor Sechard tenga ó no derecho á un privilegio de invención para hacer papel? Estos señores no son comerciantes en papel. Si cuentan ustedes pasar la noche en mi casa, en la *Bella Estrella*—dijo el posadero dirigiéndose á los dos viajeros,—aquí tienen el libro, en el que les ruego se inscriban. Tenemos un brigadier que no tiene nada que hacer y que pasa el tiempo molestándonos.

—¡Diablo! ¡diablo! yo creía que los Sechard eran muy ricos—dijo Corentín mientras Derville escribía su nombre y su calidad de procurador del tribunal de primera instancia del Sena.

—Hay quien les dice millonarios—respondió el posadero;—pero querer impedir que las lenguas hablen, es intentar que el río deje de seguir su curso. El padre Sechard ha dejado doscientos mil francos de bienes al sol, según dicen, y esto es bastante hermoso para un hombre que empezó por ser obrero. Pues bien, tal vez tenía otro tanto de economías... porque acabó por sacar diez ó doce mil francos de sus bienes. Así pues, suponiendo que haya sido bastante estúpido para no colocar su dinero durante diez años, es la cuenta. Pero ponga trescientos mil francos, si ha ejercido la usura, como se sospecha, y ya está todo. Quinientos mil francos están muy lejos de ser un millón. No pediría otra fortuna que la diferencia, y no estaría en la *Bella Estrella*.

—¿Cómo!—dijo Corentín—¡el señor David Sechard y su mujer no tienen dos ó tres millones de fortuna?...

—Eso es todo lo que suponen á los hermanos Cointet, que le han despojado de su privilegio de invención, y no ha conseguido de ellos más de veinte mil francos—exclamó la posadera.—¿De dónde quiere usted que hayan cogido millones esas gentes? Estaban bastante apurados en vida de su



padre. Sin Kolb, el administrador, y la señora Kolb, que les es tan adicta como su marido, hubiesen tenido trabajo para vivir. ¿Qué tenían, pues, con La Verberie?... mil escudos de renta...

Corentín llevó aparte á Derville y le dijo:

—*In vino veritas!* la verdad se encuentra en las tabernas; por mi parte, yo considero una posada como el verdadero estado civil de un país; el notario no está más instruido que el posadero de todo lo que pasa en un pueblecillo... Mire usted, nos vemos obligados á conocer á los Cointet, á los Kolb, etc... Un posadero es el repertorio viviente de todos los aventureros, ejerce de policía sin saberlo. Un gobierno debe sostener todo lo más doscientos espías, pues en un país como Francia hay diez millones de espías honrados. Pero no estamos obligados á fiarnos de esos infames, aunque ya sabrán algo en este pueblecito del millón doscientos mil francos desaparecidos para pagar la tierra de Rubempré... No estaremos aquí mucho tiempo.

—Así lo espero—dijo Derville.

—He aquí por qué—repuso Corentín.—He encontrado el medio más natural para hacer salir la verdad de boca de los esposos Sechard. Cuento con usted para que apoye con su autoridad de procurador la treta de que me servirá para que nos den una cuenta clara y limpia de su fortuna. Después de comer, saldremos para ir á casa de los señores Sechard—dijo Corentín á la posadera;—cuidará usted de prepararnos camas, queremos dormir cada uno en nuestro cuarto. En la Bella Estrella debe haber sitio.

—¡Oh! señor—dijo la mujer,—encontramos el rótulo.

—¡Oh! el equívoco existe en todos los departamentos

—dijo Corentín,—no tienen ustedes el monopolio.

—Ya están servidos, señores—dijo el posadero.

—¿Y de dónde diablo habrá sacado ese dinero ese joven? ¿Tendrá razón el anónimo? ¿será dinero de una hermosa joven?—dijo Derville á Corentín sentándose á la mesa.

—¡Ah! eso será objeto de otra investigación—respondió Corentín.—El señor duque de Grandlieu me ha dicho que Luciano de Rubempré vive con una judía convertida, que se hacía pasar por holandesa, llamada Ester Van-Bogseck.

—¡Qué singular coincidencia!—dijo el procurador—yo busco á la heredera de un holandés llamado Gobseck; es el mismo nombre con un cambio de consonantes.

—Bueno—dijo Corentín,—yo le obtendré informes acerca de la filiación á mi vuelta á París.

Una hora después, los dos encargados de negocios de la casa de Grandlieu partían para La Verberie, casa del señor y de la señora Sechard. Jamás experimentó Luciano emociones tan profundas como los que sintió en La Verberie al comparar su destino con el de su cuñado. Los dos parisenses iban á encontrar allí el mismo espectáculo que, algunos días antes, había llamado la atención de Luciano. Allí todo respiraba calma y abundancia. A la hora en que los viajeros debían llegar, el salón de La Verberie estaba ocupado por una sociedad de cinco personas: el cura de Marsac, joven sacerdote de veinticinco años, que se había hecho, á ruegos de la señora Sechard, preceptor de su hijo Luciano; el médico del país, llamado Marron; el alcalde de la comarca, y un viejo coronel retirado del servicio, que cultivaba las rosas en una pequeña propiedad situada enfrente de La Verberie, al otro lado de la carretera. Todas las noches de invierno, aquellas personas iban á hacer un inocente boston á céntimo la ficha, á leer los periódicos ó á devolver los que ya habían leído. Cuando los señores Sechard compraron La Verberie, hermosa casa construida con toba y cubierta de pizarra, sus dependencias de recreo consistían en un jardinito de dos fanegas. Con el tiempo, consagrando á él sus economías, la hermosa señora Sechard había extendido su jardín hasta un riachuelo, sacrificando los viñedos que compraba y convirtiéndolos en musgo y en bosquecillos. En aquel momento, La Verberie, rodeada de un parque de unas veinte fanegas, y cercada, pasaba por la propiedad más importante del país. La casa del difunto Sechard y sus dependencias no servían más que para la explotación de veintitantas fanegas de viñedo dejadas por él, además de cinco casas que producían unos seis mil francos, y diez fanegas de prados, situados al otro lado del río, precisamente enfrente del parque de La Verberie; por eso la señora Sechard contaba unirlos á él el año siguiente. Ya daban en el país á La Verberie el nombre de castillo, y llamaban á Eva Sechard la señora de Marsac. Satisfaciendo su vanidad, Luciano no había hecho más que imitar á los aldeanos y á los viñeros. Courtois, propietario de un molino situado pintorescamente á algunos tiros de fusil de los prados de La Verberie, estaba en tratos, según decían, para vender aquel molino á la señora Sechard.